

y cuatro mil hombres, con diez y ocho piezas de artillería. Perseguidos vigorosamente los franceses por los suizos, y abandonados por los tudescos, que se negaron á seguir sirviendo en sus filas por la seguridad que se les dió de que el emperador se declaraba contra la Francia, no solo perdieron lo que habian conquistado, sino tambien las ciudades de Lombardía, siendo arrojados de unas y rebelándoseles otras. En tal estado intentó Luis XII. introducir la discordia entre los aliados procurando indisponer al Rey Católico con el emperador. Mas deshecha esta intriga por Fernando, volvió el francés su pensamiento á Navarra, donde sostenia el Rey Católico la guerra de que hablaremos despues.

Desde que el papa Julio vió el poder de los franceses decaido en Italia y dejó de temerlos, comenzó á dar diverso rumbo á su política y á pensar en confederarse con los otros estados para arrojar de alli á su vez á los españoles; pues la condición de aquel pontífice, como dice un historiador aragonés, «era tal que con la necesidad queria y suspiraba por el amparo del Rey Católico, y cuando estaba fuera della y se veia con alguna prosperidad, tornaba á su natural condición, que era no reconocer obligacion de los beneficios recibidos, y pagar con ingratitud <sup>(1)</sup>.» Al efecto no habia medio que no empleára: negaba las pagas á los soldados y hacia que los venecianos las negasen

(1) Zurita, Rey don Hernando, lib. X. c. 46.

tambien; indisponia á los suizos con los españoles; trataba de estorbar la ida del virey de Nápoles don Ramon de Cardona con el ejército aliado á Lombardía, y detenerle en la empresa de Milan; publicaba que queria hacer la guerra contra el turco para escusar que el rey de Aragon tuviese ejército en Italia; andaba para todo esto en tratos con los venecianos, y aun con el mismo rey de Francia, y confiando en Venecia y en los suizos, proponíase hacer con el rey de España y con el emperador lo mismo que habia hecho con el de Francia, diciendo con cierto donaire: «Buena ganancia fuera la mia con sacar de Italia á los franceses, insolentes y de mal gobierno, pero ricos, y de tal condición que no se podian conservar mucho en un estado, si en su lugar hubiese de hacer señores á los españoles, soberbios, pobres y valerosos!»

Con estas disposiciones, y habiendo reemplazado en su ánimo el odio á Fernando y los españoles al que antes tenia á Luis y los franceses, todos eran planes y proyectos contra el rey y la nacion española, entre ellos el de concertar al emperador con el rey de Francia contra el de España, hasta abrigar el pensamiento de hacer al emperador rey de Nápoles, con la esperanza de arrojar despues de Italia á los alemanes con mas facilidad que podia hacerlo con los españoles. Conocia el monarca español estos y otros manejos del inquieto y revolvedor Julio II., y aunque procuraba hacer rostro á todas las complicaciones que aquella

conducta producía dentro y fuera de Italia, comprendía también que no podía haber paz y sosiego en la cristiandad, mientras el jefe visible de la Iglesia fuese el que todo lo alteraba y conmovía. En esta situación, en guerra por una parte el rey Fernando con Francia y con Navarra, envuelto por otra su virey de Nápoles en las que allá en Italia traían entre sí el papa, el emperador, la república de Venecia, los duques de Milan, de Parma y de Ferrara, y en turbación y desasosiego todo, falleció el papa Julio II. (20 de febrero, 1513), y le reemplazó en la silla pontificia el cardenal Juan de Médicis, que tomó el nombre de Leon X.

Desde entonces, y sin que por eso se aquietáran las agitaciones que entre todos los estados europeos había dejado sembradas la fatal liga de Cambray, tomaron las cosas nuevo giro. Venecia, no pudiendo concertarse con el emperador, por mas que en este sentido había trabajado siempre el Rey Católico, se echó en brazos de la Francia, y ajustó un tratado de confederación con el rey Luis (23 de marzo, 1513): lo cual produjo la necesidad de nuevas combinaciones. Fernando el Católico creyó entonces conveniente hacer tregua con el francés, y así se pactó (1.º de abril), con gran disgusto del emperador, el cual en su enojo propalaba que el intento del rey era librar de la guerra á España y que cargase toda sobre Italia, y que á trueque de entorpecer la venida del príncipe

Cárlos á Castilla, se concertaría el rey su abuelo no solo con Francia sino con el infierno mismo. En efecto, la guerra ardió furiosa en Italia, principalmente en el desgraciado país de Lombardía, donde se hallaban tropas francesas, tudescas, venecianas, florentinas, pontificias, suizas y españolas. Dióse pues una reñida y terrible batalla (6 de junio, 1513) cerca de Novara entre franceses y suizos, en la cual aquellos sufrieron una derrota sangrienta. De sus resultas hubieran tal vez los suizos atravesado la Francia sin oposición hasta París, si por la parte de Borgoña no hubieran sido detenidos y rotos por el señor de la Tremouille. Esta fué la salvación de la Francia, y esto produjo un tratado entre suizos y franceses, en que se declaró que el rey de Francia renunciaria al concilio de Pisa, no se entrometeria mas en los estados de la Iglesia, no se apartaria de la obediencia á la silla apostólica, y retiraria las guarniciones de Cremona y de Milan.

Los españoles eran los que habían quedado campeando en Lombardía, y el virey Cardona atravesó sin resistencia el Milanesado, devastó las tierras de Venecia, llegó á vista de la reina del Adriático, y bombardeó la ciudad. Irritó esto á los venecianos, exasperó al famoso y aguerrido Bartolomé de Albiano su general, en otro tiempo compañero de triunfos de Gonzalo de Córdoba, y se puso en armas todo el país contra los españoles. En su virtud acordaron el virey Cardona y el marqués de Pescara, gefes del ejérci-

to aliado, tomar el camino de Vicenza, llevando consigo mas de quinientos carros cargados con los despojos de su correría por las tierras venecianas. Seguíanlos Albiano, y parecíale ir tan seguro de la victoria, que mandó pregonar y ordenó á sus soldados que no dejasen un alemán ni un español á vida. Pero se dió la batalla á dos millas de Vicenza (7 de octubre, 1513), y á pesar de la confianza y de la bravura del general enemigo, fué tal el arrojo, el valor y la disciplina de la infantería española, que las armas del Rey Católico ganaron en los campos vicentinos uno de los mas completos, señalados y decisivos triunfos que se vieron en aquellos tiempos en las regiones de Italia. Quedaron en poder de los españoles veinte y dos piezas de artillería, todas las banderas y estandartes y todas las acémilas, con multitud de prisioneros. Murieron sobre cinco mil venecianos, entre ellos casi todos los capitanes, pudiendo decirse que solo se salvaron Albiano y Gritti, huyendo el uno á Pádua y el otro á Treviso (1).

Pareció esto un castigo de aquella república, que estando en liga con España é Inglaterra fué á aliarse con el mayor enemigo que habia tenido. El papa Leon X., viendo á Venecia tan en peligro, envió á requerir amistosamente al virey de Nápoles que so-

(1) Guicciardini, Istoria, libro XI.—Daru, Hist. de Venise, tom. III.—Carta del Rey Católico el arzobispo Deza, en Bernaldez, c. 242.—Mártir, epist. 523.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X. desde el cap. 44 al 78.

breseyese en aquella guerra, de la cual no podia resultar beneficio á la cristiandad. Conveníale ya tambien al emperador, una vez que poseia los lugares que le habian sido aplicados en la liga de Cambray. Y como desde el triunfo de los españoles en Vicenza fueron mas combatidos los franceses, tuvieron estos al fin que entregar el castillo de Milan (noviembre, 1513), juntamente con la ciudad de Cremona, y abandonar al fin la Lombardía y toda la Italia.

Tal fué el remate que por entonces tuvieron las largas y complicadas contiendas, negociaciones, alianzas, tratados y guerras, en que se envolvieron casi todas las naciones de Europa á consecuencia, primero de la liga de Cambray, y despues de la *Santa Liga*. En ellas perdió mucho Venecia, Luis XII. sacó por todo fruto el ver sus franceses lanzados de Italia, ganaron poco los demas estados, y solo la España, merced á la gran política del Rey Católico, sostuvo su influencia y la alta reputacion de que ya gozaban las armas españolas.